

arábiga, incienso, drogas medicinales, alfombras de Persia y uvas de Damasco. Pero los paños del Langüedoc, que constituían la mayor parte de la exportación, cayeron en tal descrédito en las Escalas, que en 1764 quedaron de cuenta en Marsella seis mil fardos, y el número de piezas vendidas, que en 1776 había subido á ciento tres mil ochocientos doce, cifra sin precedente, descendió á cuarenta y seis mil doscientas cincuenta y cinco en 1778 y bajó á veinticinco mil doscientas quince en 1789. Esta baja de los paños hubo de reducir considerablemente el comercio de Levante.

Marsella, que era puerto franco y uno de los grandes proveedores por la vía terrestre de Suiza y de Alemania, tenía interés en acoger á los comerciantes extranjeros y en llegar á ser un centro de cambio internacional, y en efecto, un edicto de 3 de marzo de 1781 había admitido á los extranjeros á comerciar libremente en Berbería y en el Levante; pero este derecho quedó abolido por la ordenanza de 29 de abril de 1785.

El comercio más floreciente era el que hacía la metrópoli con las colonias: Santo Domingo, Guadalupe, la Martinica, enriquecidas por el cultivo del azúcar, y las demás Antillas enviaban á Francia por ciento ochenta y cinco millones de productos, azúcar, café, algodón, añil y drogas tintóreas, y le compraban objetos manufacturados, aguardientes y comestibles por setenta y siete millones.

Nunca durante el antiguo régimen el comercio colonial fué tan activo y tan próspero como en tiempo de Luis XVI; el total de los cambios entre Francia y sus posesiones de Africa, Asia y América, incluidas las Antillas, pasaba de trescientos millones, y con el beneficio de este inmenso tráfico se enriquecían Nantes, Lorient, El Havre, Marsella y sobre todo Burdeos.

La ruptura de los Estados Unidos con Inglaterra fué muy ventajosa para las Antillas francesas, pues transformaron en comercio regular las relaciones de contrabando que tenían con los colonos anglo-americanos. En 1778, Vergennes había firmado con los Estados Unidos un tratado «de amistad y de comercio» é invitaba á los americanos á venir á los puertos franceses á «formar surtidos de mercancías»; además un reglamento del Consejo les autorizó para ir á cambiar, en los depósitos de las islas francesas, sus productos con los de Francia.

Consideraciones diplomáticas y cierta predilección por las doctrinas fisiocráticas, predisponían á Vergennes á la práctica de la libertad comercial (1), pensando consolidar la paz entre las potencias mediante la multiplicación de los cambios y la solidaridad de los intereses. Ese ministro cedió, en julio de 1784, á Suecia la isla de San Bartolomé, en las pequeñas Antillas, á cambio de la confirmación al comercio francés del depósito de Gothemburgo; en 1787 se aproximó á Rusia firmando un tratado de comercio, y finalmente firmó otro con Inglaterra en 1786 para consolidar la paz de Versalles.

A la guerra de tarifas y aun de interdicción que las dos naciones se habían hecho en el transcurso del siglo, quiso substituir un convenio basado en concesiones recíprocas y en la rebaja de los derechos; y siendo Francia un país agrícola é Inglaterra, cada vez más, un

(1) Véase anteriormente, pág. 249.

país manufacturero, parecía justo estrechar las buenas relaciones entre uno y otro, concediendo á los objetos manufacturados ingleses, á su entrada en Francia, ventajas equivalentes á las de que disfrutarían los productos del suelo francés á su entrada en Inglaterra. Además debía quedar suprimida toda prohibición contra cualquiera mercancía, fuese cual fuere. Todo esto significaba la condenación del régimen aduanero en vigor y la manifestación de una política librecambista. Pero los ingleses se aseguraron el beneficio del acuerdo; en efecto, el comisario inglés, sir Guillermo Eden, ex vicesorero de Irlanda y miembro de la Oficina del Comercio (*Board of Trade*), que conocía perfectamente la industria inglesa y se tomó el trabajo de informarse respecto de la nuestra, mantuvo los derechos elevadísimos sobre las mercancías francesas que podían hacer la competencia á las inglesas en su propio mercado y no consintió en reducciones sobre los productos agrícolas francesas que entrasen en Inglaterra, más que á condición de una rebaja equivalente sobre las mercancías inglesas que entrasen en Francia. En cuanto al comisario francés Gerardo de Rayneval, movianle, como á Vergennes, razones diplomáticas y principios económicos: «El interés que debe tomarse por la industria — decía — ha de estar subordinado al interés de la agricultura.» El gobierno no había consultado á las Cámaras de Comercio, temeroso de sus reclamaciones.

De aquí que el tratado que se firmó en 26 de septiembre de 1786, fuese ventajoso especialmente para Inglaterra. Ciertamente que á los vinos de Francia se les imponían los mismos derechos que á los de Portugal, es decir, cuarenta y seis libras esterlinas en vez de noventa y ocho que pagaban antes, y que los derechos sobre los vinagres se rebajaban de sesenta y siete libras esterlinas á treinta y dos por tonel y los de los aguardientes de nueve á siete por galón; pero á esto quedaron circunscritas las concesiones hechas por los ingleses. En cambio, éstos impusieron el doce por ciento de su valor á los artículos de moda y de lujo, á las porcelanas y á los espejos de Francia, de los que Eden decía, para decidir á Rayneval á que aceptase aquella tarifa elevada, que, fuese cual fuere su precio, se impondrían á la clientela inglesa, y se negaron á incluir las sederías en los artículos del tratado, reservándose la facultad de imponerles derechos cómo y cuándo mejor les pareciese. Los algodones, las lanas y los gorros estaban recíprocamente sujetos á un derecho de entrada de doce por ciento; pero Inglaterra, que tenía mejores máquinas y podía producir esas mercancías más baratas que Francia, estaba al abrigo de la competencia de ésta, la cual, en cambio, todo podía temerlo de la competencia inglesa. Como compensación á la rebaja de los derechos sobre los vinos, las especialidades de la industria metalúrgica inglesa, como la quincallería y las piezas grandes y pequeñas de hierro, de acero, de cobre y de bronce, sólo pagarían, á su entrada en Francia, el diez por ciento.

Los ingleses, extremando las ventajas conseguidas, aplicaron las cláusulas del tratado con todo rigor; en cambio, en Francia, los agentes de los arriendos, por negligencia ó por ignorancia, admitieron los productos ingleses por su valor declarado que, á menudo, era inferior á su valor real, reduciendo de esta suerte los de-

rechos de entrada de doce á tres y hasta á dos por ciento.

Y, sin embargo, el tratado fué tan mal acogido en Inglaterra como en Francia, pues cada uno de los dos pueblos opinaba que el otro había sido favorecido. Pero únicamente los industriales franceses podían legítimamente echar en cara á Vergennes y á sus negociadores el haber sacrificado sus intereses al deseo de asegurar la paz con Inglaterra. Las Cámaras de Comercio protestaron contra el tratado ó contra la interpretación rigurosa que le daba la aduana inglesa, y los lioneses dijeron que había habido traición. El tratado fué ventajoso para la agricultura, como esperaban Vergennes y Rayneval. El inspector de comercio Dupont de Nemours, en un folleto anónimo, demostró que en los ocho meses siguientes á la firma del tratado, la exportación de los vinos de Francia había aumentado en veinte mil barricas, es decir, cuadruplicado, y el de los aguardientes y vinagres triplicado; en cambio, Rolando de la Platiere, inspector de manufacturas, comparaba el tratado de 1786 con la revocación del Edicto de Nantes.

La industria francesa fué duramente castigada, pero tal vez era por su bien, puesto que, según parece, hizo esfuerzos para luchar con la competencia inglesa, para perfeccionar sus métodos y cambiar su maquinaria, poniéndose en condiciones de producir tan barato como los ingleses. Las importaciones francesas en Inglaterra, que eran de treinta y siete millones en 1787, subieron á cincuenta y nueve millones en 1792; bien es verdad que en el mismo tiempo las importaciones inglesas en Francia aumentaron desde cuarenta y ocho á ochenta y seis millones. La balanza mercantil arrojaba, por consiguiente, un saldo de veintisiete millones á favor de Inglaterra, pero en este saldo ¿por cuánto entraban la hulla (1) y las primeras materias que se necesitaban para la transformación de la maquinaria y para el trabajo de las manufacturas? Esas cifras que se citan para demostrar la decadencia de la industria francesa, ¿no podrían ser, estudiándolo bien, una prueba del desperar de su actividad? Así opinaba Goudard en el informe presentado á la Asamblea constituyente en 24 de agosto de 1791, en nombre de los comités de agricultura y de comercio:

«Habíase dicho que el tratado de comercio con Inglaterra destruiría nuestro comercio y nuestras manufacturas; hoy es positivo que los regeneró, que nuestro comercio no ha sido nunca más próspero, ni nuestras industrias más florecientes; que éstas imitan las manufacturas inglesas, que los precios de coste son más bajos y que á ellas se abren cada día mercados nuevos.»

Sólo los primeros efectos del tratado de Londres habían sido desastrosos para varias industrias, pues determinaron una crisis obrera que será, como veremos, uno de los prodromos de la Revolución.

En resumen, hacia el año 1789 el comercio francés progresaba en toda Europa, salvo en España, en donde la industria nacional trataba de reorganizarse, y en Holanda que, por el mal estado de su hacienda, se veía

(1) La importación de la hulla, desde 1787 á 1789, pasó de cuatrocientas mil toneladas, de las que ciento ochenta y ocho corresponden sólo al año 1788. (Desbilleuls, *Histoire et régime de la grande industrie en France*, pág. 38).

obligada á restringirse. En 1787 llevaba una ventaja de unos cien millones sobre el final del reinado de Luis XV, y en 1789 la cifra total de las importaciones y de las exportaciones, incluidas las colonias, llegaba á mil ciento cincuenta y tres millones. Las importaciones consistían en primeras materias, minerales ó lanas, mercancías, aceites de oliva, trigos y pescados, y especias procedentes de las colonias ó de los demás países tropicales; las exportaciones eran, en sus  $\frac{2}{3}$  productos agrícolas y ganado, y en el resto objetos manufacturados, sederías, lencería fina, pañería y artículos de moda. De todos los países del mundo, exceptuando á Inglaterra, no había otro más próspero que Francia y será preciso llegar al año 1835 para que el conjunto de los cambios vuelva á alcanzar la cifra de 1789.

## CAPÍTULO VI

### EL TERCER ESTADO

I. Los burgueses.—II. Los obreros.—III. Los aldeanos.  
IV. La beneficencia.

#### I.— Los burgueses (2)

Merced á la actividad económica, la burguesía se enriqueció considerablemente durante el último siglo de la monarquía, no habiendo cesado de aumentar el número de los rentistas. En 1784, Nécker calculaba en ciento veinticinco millones seiscientos mil libras las rentas «que han de continuar á cargo del Estado mientras no sea reembolsado su capital», y en ochenta y un millones cuatrocientas mil las rentas vitalicias, es decir, en total doscientos siete millones de libras de intereses anuales, cifra enorme que aún aumentarán los empréstitos de sus sucesores. A los atrasos que satisface el Estado hay que añadir los que pagan por sus deudas las ciudades, los territorios de Estados y sobre todo el clero; de estas diversas clases de empréstitos, los principales subscriptores, y de mucho, eran las personas del tercer Estado, únicas que ganaban y ahorraban. De este modo se constituye una riqueza mobiliaria más manejable y cuyas rentas son más regulares que las de la riqueza territorial.

En la riqueza mobiliaria entra por una gran parte el precio de los cargos y de los empleos (3), de los que había unos trescientos mil, entre ellos más de cuatro

(2) FUENTES: *Encyclopédie méthodique, jurisprudence*, t. IX y X (artículos *Police* y *Municipalité*), Monin, *L'État de Paris en 1789* (Colección de documentos relativos á la ciudad de París), París, 1889. Chassin, *Les élections et les cahiers de Paris en 1789*, 2 vol., París, 1888-89. A Young, ya citado.

OBRAS DE CONSULTA: C. Normand, *Études sur les relations de l'État et des communautés aux XVII<sup>e</sup> et XVIII<sup>e</sup> siècles*, Saint-Quentin et la royauté, París, 1882. Babeau, *Histoire de Troyes pendant la Révolution (1787-1800)*, 2 vol. Id. *La ville sous l'Ancien Régime*, París, 1884, 2 vol. Kleinclausz, *Histoire de Bourgogne*, París, Hachette, 1909. Verger, *Archives curieuses de la ville de Nantes et des départements de l'ouest*, Nantes y París, 1837. Jullian, *Histoire de Bordeaux depuis les origines jusqu'en 1895*, Burdeos, 1895. Bussiere, *La bourgeoisie périgourdine au XVII<sup>e</sup> siècle, agriculteurs, économistes et paysans en 1789*, Périgueux, 1877.

(3) Sobre la pasión francesa por los empleos véase la pág. 158 del tomo anterior.

mil que, según dice Nécker en su *Administration des Finances (Administración de la Hacienda)*, conferían la nobleza hereditaria; los demás eran cargos plebeyos. Muchos eran muy mediocres, pues un cargo que sólo costase mil doscientas libras debía producir muy poco; pero de todos modos era un título que, añadido á algunas rentas, permitía darse tono en la ciudad.

Los burgueses ricos, ó simplemente acomodados, dividían generalmente su fortuna en mobiliaria é inmobiliaria; tierras y títulos de rentas parecían los elementos inseparables de una fortuna sólida y mediante esta combinación se aseguraban ora contra las malas cosechas, ora contra las reducciones de rentas. De aquí que aun siendo muy gravosos los impuestos que pesan sobre las tierras, el valor en venta de éstas no cesa de aumentar. El dinero abunda y los empréstitos del Estado no bastan á absorberlo todo, y como no se arriesga sin inquietud en la industria, se coloca en la agricultura, con tal que ésta no sea un mal negocio. «Las granjas más importantes de la Lorena—escribió en 1790 un beneficiado—las poseen habitantes de París; muchas han sido compradas recientemente por capitalistas que han llevado sus especulaciones á esa provincia porque es aquella en que los fundos son más baratos en proporción de sus rentas». Además del provecho, hay la respetabilidad aneja á la posesión de la tierra, ya que la frase «Sin tierra no hay señor» sigue siendo exacta; el medio mejor de adornarse con una partícula es tener un nombre de tierra que poner detrás de ella.

En la gran industria se emplean cuantiosos capitales: los edificios de una pequeña fábrica de telas de algodón son estimados en veinte mil libras; una manufactura de paños de Burdeos, en sesenta mil, y las refinerías de Cette, en cuatrocientas mil; la instalación de altos hornos en Montbard cuesta á Buffón, sin contar el terreno, trescientas mil libras. Reveillon ocupa en París cuatrocientos obreros en su fábrica de papeles pintados; Alcock, quinientos en la suya de quincalla, en Roanne; y el empresario de la fábrica de muselina del Puy-en-Velay, mil doscientos. En Sedán, veinticinco patronos pañeros poseen ciento trece telares que dan ocupación á diez mil quinientos obreros de ambos sexos y á cincuenta y ocho empleados. Algunos patronos son descendientes de manufactureros, pero la mayoría de ellos son advenedizos.

«En cuanto sobra un hombre en el campo—dice Messance en el *Traité de la population (Tratado de la población)* publicado en 1766,—se va á las ciudades y se hace obrero, artesano, fabricante ó mercader; y si es activo, económico, inteligente y en fin lo que se llama un afortunado, se hace rico muy pronto.»

De esta manera se forma una gran burguesía industrial, apareciendo junto á los nombres, de mucho tiempo conocidos, de los Van Robais y de los Montgolfier, los de los Perier, Reveillon, Oberkampf, Decretot y otros. Simultáneamente se ha engrandecido la burguesía comerciante, sobre todo la que practica el comercio marítimo y colonial que exige también grandes capitales.

Los banqueros son los burgueses de mayor categoría. Ya hemos visto cómo se ha realizado moralmente su condición (1) en el transcurso del siglo; aquellos

(1) Véase pág. 165.

hombres á quienes tanto se ha denigrado, aquellos advenedizos, los ex lacayos á quienes se alababa por su destreza en saltar «desde la trasera al interior del coche evitando las ruedas.» aquella «pillería de banca introducida por la Pompadour que á su vez nació en otro tiempo de esas inmundicias,» han alcanzado la respetabilidad. Grimm hace constar que «ya no existe en París» el banquero ridículo cuyo tipo ha sido reproducido tantas veces; y en la alta banca se encuentran hombres como los Trudaine, padre é hijo, ambos miembros de la Academia de Ciencias; como el arrendatario general Adine, que perteneció á la Academia Francesa, y como Lavoisier. Los banqueros continúan desempeñando el papel de Mecenas; sus salones son de carácter liberal.

Al mismo tiempo que estas «gentes de fortuna,» otra condición, como dice Duclós, tiene más relaciones con la sociedad, y sobre todo con las personas del gran mundo, que tenía antiguamente; nos referimos á los literatos. Su condición es, en efecto, nueva; han llegado á ser una potencia y á la burguesía le da mucha fuerza el hecho de que filósofos, economistas, autores dramáticos y críticos de letras y de arte sean en tan gran mayoría burgueses. Y lo propio sucede con los artistas, arquitectos, pintores, escultores, tan admirados. Escritores y artistas siguen recibiendo mercedes del rey, pero las reciben principalmente de los particulares, lo cual constituye ya una especie de independencia; y poco á poco van haciéndose más libres todavía, de modo que al final del siglo, como luego veremos, el literato comienza á vivir de su pluma.

El progreso de la burguesía se patentiza en la belleza de las ciudades. Arturo Young quedó sorprendido, en agosto de 1787, de la riqueza y de la magnificencia de Burdeos:

«La plaza Real, con una estatua de Luis XV en el centro, es bellísima; las casas que la rodean tienen regularidad y aspecto. Pero el barrio del Chapeau-Rouge es verdaderamente magnífico, compuesto de hermosos palacios, construídos como el resto de la ciudad, de piedras de cantería blancas. Confina con el Château-Trompette, que ocupa cerca de media milla de la ribera; este fuerte ha sido comprado al rey por una compañía de especuladores que se disponían á derribarlo, con intención de formar allí una gran plaza y muchas calles, con mil ochocientas casas. He visto los planos... y si se ejecutan, se formará uno de los más bellos ensanches que haya tenido una ciudad en Europa.»

La ciudad crece, al parecer, indefinidamente: «Los extremos se componen enteramente de calles nuevas, con otras más nuevas aún, en parte trazadas y en parte construídas.» Young, que prefiere Londres á París, conviene en que podría compararse Liverpool con Burdeos.

Admira también el teatro de Burdeos, «el más magnífico de Francia,» en el que se representan comedias, tragedias y óperas y al que son llamados renombrados artistas de París. Le aseguraron á Young que á una actriz parisiense le daban de treinta á cincuenta luises por noche y á Larrive, «el primer trágico de la capital,» cincuenta libras. Los comerciantes viven suntuosamente; sus casas y sus tiendas están montadas «con

gran lujo,» y muchos de ellos usan vajilla de plata para sus grandes banquetes. Desgraciadamente allí «se juega fuerte» y abundan «las damas.»

Igual admiración le causa el Havre:

«No es necesario tomar informes para ver la prosperidad de esta ciudad; es imposible equivocarse, pues hay aquí más movimiento, más vida, más actividad que en todos los sitios de Francia que he visitado. Recientemente se ha alquilado por tres años, á razón de seiscientas libras anuales, una casa arrendada en 1779 por seis años y á razón de doscientas cuarenta libras... El comercio ocupa todos los muelles; todo es allí apresuramiento, confusión, animación.»

Y lo propio le sucede en Nantes:

«La ciudad de Nantes presenta un signo de prosperidad que nunca engaña: casas nuevas. El barrio de la Comedia es magnífico; todas las casas son de piedra de cantería y forman ángulos rectos. No sé si el *Palacio de Enrique IV* es el más hermoso de Europa.»

Los dos comerciantes nanteses con quienes Young ha de tratar son personas de agradable trato; en casa de uno de ellos, el señor Riedy, oye hablar de «la situación comercial respectiva de Francia y de Inglaterra, particularmente en las Indias orientales.» El otro, el señor Espivent de la Villeboisnet, es hermano del señor Espivent, consejero del parlamento de Rennes; seguramente pertenece á una familia rica y considerada; ha añadido á su apellido un nombre de tierra; es noble ó está á punto de serlo, pero continúa ejerciendo la profesión que le enriquece. Buffón, que en su juventud visitó á los nanteses, dice de éstos «que preferían la abundancia en la burguesía al hambre en la nobleza.»

En vano se buscaría la uniformidad en la vida de la clase burguesa compuesta de tantas categorías sociales, de gentes muy ricas ó simplemente acomodadas. En general la vida era sencilla y poco costosa, á lo menos fuera de las grandes ciudades mercantiles; unos negociantes protestantes de Rouergue que regresaban de la feria de Beaucaire y que encontraron á Arturo Young en Saint-Hippolyte du-Fort, le aseguraron que podría «encontrar en Milhau un piso amueblado, compuesto de cuatro piezas ordinarias á pie llano, por doce luises al año,» y vivir allí con su familia, si la hacía venir, «en la mayor abundancia por cien luises.» Con ocho mil libras anuales tenía un tren de casa bastante lujoso: dos criados, dos criadas, tres caballos y cabriolé. Young hace constar que en las regiones más ricas de Francia la comida es buena, hasta delicada, abundante y poco costosa.

Las escenas de interior que pinta Chardín, los sentimientos y las opiniones que Sedaine y otros autores del drama burgués prestan á sus personajes, dan idea de una vida de familia muy unida, de corazones tiernos, de caracteres francos y rectos; y si esto no refleja la realidad, representa por lo menos el ideal en que la sociedad burguesa se complacía. Aun en las ciudades marítimas, cuya corrupción sirvió en todo tiempo de tema para declamaciones filosóficas, había muchos comerciantes de costumbres rígidas y muy laboriosos.

Marivaux, en una bellísima carta, ha trazado un croquis del burgués de París, quien, «en sus ajuares ó casas y en su gasto, es á menudo tan espléndido como

las personas de calidad; pero el modo como manifiesta su esplendidez, tiene siempre cierto aire subalterno que le pone por debajo de lo que posee.» Se encuentran en él la franqueza y la amistad, mas no hay que tocarle á la bolsa: «una frialdad súbita y el desvío sucederán á las muestras de afecto que de él habréis recibido.» Marivaux elogia la habilidad de los tenderos y de las tenderas:

«Existe cierto espíritu de práctica entre los tenderos parisienses. Nada tan hábil, tan flexible, tan ingenioso como su manera de ofrecer al que acude á comprar... Los comparo con los cirujanos que antes de abrirnos la vena pasan largo tiempo su mano sobre vuestro brazo para dormirlo. Las tenderas, para sacar el dinero de vuestra bolsa, adormecen del mismo modo vuestro interés á fuerza de solicitud y de discursos insinuantes... La tienda de estos tenderos es una verdadera ladronera para las buenas gentes que no tienen fuerza para decir no.»

Y termina diciendo:

«Todos los placeres, todas las delicias de la vida están en París tan al alcance de quien puede disfrutar de ellos, que se necesita tener un temperamento muy dichoso para no abusar de la posibilidad de gustarlos. Los ricos mercaderes de aquí no los rechazan.»

El gran número de colegios existentes en aquella época demuestra la afición que á la cultura tenía la clase media. También las mujeres se instruían, y Young ha confesado las sorpresas que le encantaron durante su viaje por Francia. En Mareuil-sur-Marne (Brie) come en casa del señor Leblanc, criador de carneros de España y de vacas suizas:

«Si sólo se le aprecia de paso, Mareuil parece una aldea de modestos hacendados rodeada de chozas de sus obreros, y lo primero que se siente es la tristeza que á uno le causaría verse desterrado allí por toda la vida. ¿Quién creería encontrar en tal sitio dos familias acomodadas, y en una de ellas á la señorita de Leblanc, que canta acompañándose con el sistro, y en la otra á la joven y bella señora de B... (sobrina del señor Leblanc) que toca en un excelente piano-forte inglés?»

En casa del señor Decretot, rico fabricante de Pont-de-l'Arche, cuyos paños de vicuña, de calidad incomparable, se vendían á ciento diez libras la ana, Young pasa la velada «en compañía de damas sumamente amables.» En Dijón, el famoso químico Guytón de Morveau lo presenta á una señora «tan instruída como amable,» la señora de Picardet, «que tan bien está en el salón como en el gabinete de estudio...» «Es un tesoro para el señor de Morveau porque puede y desea conversar con él sobre temas de química, como sobre cualquiera otros, así agradables como instructivos.» En Montelimar, Faujás de Saint-Fond, el célebre naturalista, lleva al viajero á casa de una dama amiga suya, la señora de Cheinet, aficionada como él á las ciencias naturales:

«Aquella dama nos acompañó en un paseo por los alrededores y quedé encantado de ver que era una excelente hacendada, muy entendida en agricultura... La ingenuidad de aquel carácter y la agradable conversación de aquella persona tenían un atractivo que me habrían hecho deliciosa una estancia más prolongada aquí.»

Había ciertamente muchas mujeres nobles que no

tenían ni los conocimientos ni la gracia de las señoras de Cheinet y Picardet. Y otra plebeya, la señora de Roland, hacía la misma comparación en ventaja suya:

«No podía disimularme—escribía—que yo valía más que la señora de Hannaches, cuyos sesenta años y cuya genealogía no le daban la facultad de escribir una carta que tuviese sentido común ó que fuese legible.»

La burguesía vivía dentro del antiguo marco de las municipalidades, respecto de las cuales el gobierno, en el siglo XVIII, ha seguido practicando una política fiscal y ruin (1). Luis XIV había erigido en empleos funciones municipales electivas para ponerlas en venta; en 1715, el Regente había autorizado a las ciudades para volver a tomar posesión de aquellos empleos redimiéndolos, pero en 1724 habían sido puestos de nuevo en venta. En 1764 y 1765, un reglamento y un edicto devuelven a las ciudades la libertad de elegir a los magistrados y a los funcionarios municipales; pero en 1770, en el momento de la gran penuria financiera, el rey quiere sacar algunos recursos de la venta de los empleos y una vez más trata de justificarse por medio de un pretexto que consiste en acusar al régimen de libertad de ser, en todas las ciudades, «una fuente de enemistades y divisiones a causa del deseo que gentes, a menudo ineptas, tenían de tomar parte en la administración, y a causa también de la intriga y de las contiendas que se introducían en las elecciones.» Y nuevamente erige en títulos de empleos perpetuos los cargos municipales y aumenta considerablemente el número de los mismos.

En el momento en que la opinión pública reclamaba y obtenía una participación de los ciudadanos en los asuntos de las asambleas provinciales, era imposible que no fuesen reformadas las municipalidades; y la reforma se habría llevado a cabo de no haber sobrevenido la revolución, pero ¿en qué sentido? Puede conjeturarse por un decreto del Consejo, de agosto de 1787, que contenía un reglamento para la ciudad de Meaux. En él renunciaba el rey al derecho de nombramiento; la corporación de la ciudad se compondría de un alcalde, cuatro regidores, un procurador del rey, un recaudador y un secretario escribano, estos tres últimos sólo con voto consultivo; el alcalde y los regidores serían elegidos en escrutinio secreto por una asamblea general y sólo una vez serían reelegibles. Pero la corporación municipal y la asamblea se compondrían exclusivamente de personas de las clases altas; los alcaldes sólo podrían ser elegidos entre los ex alcaldes y regidores ó entre «los hidalgos, oficiales del ejército ó funcionarios de la judicatura» y los regidores, entre los ex regidores y entre «abogados, procuradores, notarios, médicos, cirujanos y principales comerciantes ó burgueses que vivieran no blemente.» En cuanto a la asamblea general, comprendería, además de los miembros de la corporación municipal, «los dos más antiguos de cuantos hayan ejercido los cargos de alcalde y regidor, un diputado de cada parroquia de la ciudad, un diputado del cabildo de la iglesia catedral, otro de la colegiata, un diputado de los párrocos de la ciudad, todos los hidalgos y oficiales del ejército con diez años de residencia en dicha ciudad, un diputado del baillío, uno de la elección, uno del al-

(1) Véanse en el tomo precedente págs. 119 y sig., 430 y sig.

folí de sal, el decano de los abogados, el de los procuradores, el de los notarios, el de los cirujanos y los cuatro comerciantes y principales mercaderes más antiguos que hayan desempeñado ó desempeñen actualmente los cargos de su comunidad y paguen a lo menos cien libras de impuestos.» Dejando aparte los diputados de las parroquias, el tercer estado sólo se hallaba representado por funcionarios del rey y por notables.

Los elegidos debían dar cuenta una vez al año, el segundo domingo de enero, a ese cuerpo electoral (del estado de los asuntos y de lo que habrá sucedido (en la corporación municipal) en el curso del año precedente; pero éste era el único caso en que una asamblea general podía reunirse sin autorización del intendente, sin duda por miedo de que se substituyese a sus mandatarios y de que interviniese cuantas veces se le antojara en los asuntos de la ciudad.

De modo que subsiste todavía la municipalidad arcaica, una corporación de privilegiados y notables, atravesada de ideas, de sentimientos y de hechos.

Muy difícil sería definir las ideas políticas de la burguesía, que eran distintas según las regiones, pues había en el reino una porción de ciudades muertas en donde la gente no debía pensar del mismo modo que en las grandes poblaciones activas, como París, Lyon y los ricos puertos de mar. Generalmente hablando, créese poder afirmar que el burgués era anticlerical sin ser irreligioso, liberal sin ser revolucionario; él también es un privilegiado ya que tiene el derecho de ciudadanía, que no adquiere sino después de elegir domicilio, de un cierto tiempo de residencia y de cumplir determinadas condiciones, y que le capacita para las funciones municipales y para los grados en la milicia de la ciudad. Y aparte de esto, es asimismo un privilegio el régimen de las maestrías y de las veedurías. Finalmente, en la mayoría de las ciudades el burgués está exento del pecho y aun hay algunas en las cuales los magistrados municipales adquieren y transmiten la nobleza, con tal que posean sus cargos durante veinte años ó mueran desempeñándolos. No tiene, pues, motivos para ser demócrata y no lo es, como no lo son tampoco la mayor parte de los escritores, enciclopedistas y demás de quienes es discípulo y que tan duramente han hablado del vulgo.

Pero tiene razones para estar descontento y lo está, porque viendo los defectos y la decadencia de los viejos órdenes privilegiados y conociendo su propio valor y su importancia, ha de presenciar cómo el gobierno exige cuatro cuarteles de nobleza a los futuros funcionarios y cómo la aristocracia parlamentaria se constituye en casta, cerrada aún para los ricos plebeyos. Y todavía más que estas barreras habían de exasperar a los burgueses las heridas de amor propio. Muchas veces, en efecto, se les hacía comprender que pertenecían a una sociedad inferior: a la señora de Roland, entonces soltera, y a su madre, invitadas a comer en el castillo de Fontenay, las sirven en el oficio; y en el palacio del duque de Penthièvre, aquel bondadoso duque tan amable y tan afable, los nobles comen con el «dueño de la casa y los plebeyos con su primer gentilhomme y no van al salón hasta el momento de tomar el café.»

Todos los agravios de la burguesía han sido resumidos por un aristócrata:

«Los burgueses — reconoce el marqués de Bouillé en sus Memorias — habían recibido, en general, una educación que les era más necesaria que a los hidalgos, de los cuales unos, por su cuna y por su riqueza, lograban los primeros puestos del Estado sin mérito y sin talentos y los demás estaban destinados a languidecer en los empleos subalternos del ejército. De modo que en París y en las grandes ciudades, la burguesía era superior en riqueza, en talento y en mérito personal, y en las ciudades de provincias tenía la misma superioridad sobre la nobleza rural. Y aunque estaba convencida de esta superioridad, veíase en todas partes humillada y excluida por los reglamentos de los empleos militares; como era excluida también, en cierto modo, del alto clero, por la elección de los obispos entre la alta nobleza y de los grandes vicarios en general entre los nobles... Asimismo la rechazaba la alta magistratura y la mayor parte de los tribunales supremos sólo admitían nobles en su seno. Hasta para ser nombrado relator del Consejo de Estado se exigían, en los últimos tiempos, pruebas de nobleza.»

Por estas razones la burguesía, «ilustrada» por los Filósofos, que son burgueses, y dirigida a menudo por hombres de profesiones liberales, abogados ó médicos que también pertenecen a ella, está imbuida en las nuevas ideas.

«Nantes — escribe Young en 1788 — está más inflamada en el amor a la libertad que ninguna otra ciudad de Francia; las conversaciones que aquí escuché prueban el gran cambio que se ha operado en el espíritu de los franceses, y no creo posible que el gobierno actual pueda durar medio siglo a no ser que haya al frente de los negocios personas de un mérito reconocido y de un carácter enérgico.»

En aquellos momentos, las viejas municipalidades juntaban, como veremos, su coalición a las que en toda Francia conspiraban contra el antiguo régimen.

## II. — Los obreros (1)

El fenómeno más importante de la historia de la clase obrera a fines del siglo XVIII es el desarrollo cada vez más rápido de la gran industria.

Bien es verdad que la mayoría de los artesanos trabajan aún en sus casas: en Picardía, por ejemplo, cincuenta mil personas, entre hombres, mujeres y niños, viven del tejido de telas por nueve mil telares; y en la misma provincia hay agricultores que son al propio tiempo tejedores, dedicándose a este oficio cuando les dejan libres las labores del campo. Igual combinación del trabajo agrícola é industrial encontramos en Bretaña, en Normandía, en el Delfinado y en Auvernia (2). Pero

(1) Además de las obras sobre la industria, indicadas en la nota de la pág. 290, consúltense:

FUENTES. Mercier, *Tableau de Paris*, nueva edición corregida y aumentada, Amsterdam, 1788, 12 vol.

OBRAS. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France avant 1789*, 2.<sup>a</sup> ed., t. II. Hauser, *L'Organisation du travail dans l'ancienne France* («Revue d'Hist. mod.» 1906-7). Jaurés, *Histoire socialiste*, t. I, 1901. Charlety, *Histoire de Lyon*, Lyon, 1902. Godart, *L'ouvrier en soie; monographie du tisseur lyonnais*, Lyon, 1899. Pariset, *Histoire de la fabrique lyonnaise*, Lyon, 1901. Fremy, *Hist. de la manufacture des glaces*, 1909.

Véase también, en el tomo precedente, págs. 142 y 462.

(2) En el alto Languedoc é cualquier particular algo ingenioso

estos artesanos, como también los pequeños patronos urbanos que trabajaban en el taller de familia con algunos oficiales y aprendices según los usos y costumbres de las veedurías y maestrías y no podían producir tan barato como las grandes fábricas, no hacían más que vegetar. «Las clases inferiores en Francia — dice Arturo Young — tienen muchas de esas manufacturas domésticas, que son miserables.» De aquí que los obreros afluyan a las manufacturas.

Las antiguas manufacturas privilegiadas continúan siendo muy solicitadas, y en ellas se ha conservado un régimen de disciplina monástica (3). Los obreros de la «Compañía real de los espejos de Francia», que posee una manufactura en Saint-Gobain, en Picardía, otra en París, en el arrabal de San Antonio, y otra en Tourlaville, en Normandía, están ligados a los señores socios por un contrato de trabajo respetuoso:

«Nosotros, los abajo firmados, obreros empleados en la manufactura real de los espejos de Saint-Gobain, prometemos y voluntariamente nos obligamos a servir muy fielmente a los señores socios en la manufactura real de los espejos, lo mismo como redondeadores del vidrio que en cualquiera otra obra que quieran, en la citada manufactura durante el tiempo y espacio de cuatro años consecutivos, sin poder ausentarnos ni abandonar el trabajo en dicho tiempo, sin permiso ó licencia por escrito de dichos señores socios ó de su director, así en Picardía como en Normandía ó cualquiera otra parte que quieran, y esto para testimoniarles el celo y el afecto con que pretendemos servirles...»

Los obreros se alojan en casas construídas en los terrenos pertenecientes a las manufacturas y no pueden alejarse a más de una legua de ellas sin permiso, bajo pena de una multa de veinte sueldos. Está prohibido vender en las casas vino, cerveza ó sidra. La jornada empieza a las cinco de la mañana y termina a las siete de la tarde, con dos horas de interrupción para las comidas. Las puertas se cierran a las ocho en invierno y a las diez en verano; el portero entrega las llaves al director y el que no haya entrado un cuarto de hora antes del cierre, duerme fuera y paga una multa de treinta sueldos.

Hasta 1778, los trabajadores holgaban los domingos y días de fiesta, pero a partir de aquella fecha el director de Saint-Gobain quiso que se suprimiese aquel descanso.

Algunos socios tuvieron escrúpulos de conciencia, y el director fué a Laón a ver a su obispo, el cardenal de Rochecouart, y le manifestó que no había «encontrado otro medio de impedir que sus obreros se emborrachasen los domingos y días de fiesta, que hacerles trabajar.» Además, en una «manufactura de fuego» era preciso, aun en aquellos días, retener un gran número de obreros para prestar socorro si estallaba un incendio, y por otra parte, esos obreros ofan misa que decía

que encuentra entre dos montañas, lejos de toda sociedad, un rincón en donde haya un poco de agua, arregla ésta y la retiene ó la deja correr, según sea más ó menos abundante. Forma allí un prado natural, que a veces no tiene dos toesas de ancho por media legua ó un cuarto de legua de largo; compra carneros que cría allí y cuya lana, por él esquilada y cardada, hilan su mujer y sus hijos y él la teje y va a vender su tela al lugar más próximo.»

(3) Véase pág. 143 del tomo anterior.